

Borges: nihilismo y literatura*

A Antonio Carrizo

A los escritores de mi generación, los que éramos jóvenes a mediados del siglo, y estábamos enrolados en la literatura entonces llamada comprometida, obsesionados por la angustia existencial y también por la vinculación entre la cultura y la sociedad, Borges nos era ajeno, pues lo veíamos como un sobreviviente del ludismo del grupo martinfierrista. Descubríamos en cambio al hoy olvidado Martínez Estrada, a través de H.A. Murena, quien lo proponía como maestro, en tanto condenaba a Borges por haber cumplido un papel sólo destructivo¹. Esto fue dicho desde la propia *Sur*, donde luego le contestó Enrique Pezzoni² mostrando así la ambivalencia de la revista con su más prestigioso colaborador y miembro del comité de redacción. Esta actitud puede explicarse, según guste, por la amplitud de la publicación o bien por las conflictivas relaciones que su directora Victoria Ocampo mantenía con Borges³.

Significativamente *Contorno*, la revista juvenil que se oponía a *Sur* aunque con ciertas concordancias con Murena, se había propuesto revisar críticamente a las generaciones anteriores de escritores, pero le parecía más útil atacar a Eduardo Mallea, que era entonces más leído e influyente que Borges. *Contorno* se ocuparía de casi todos los escritores argentinos pero jamás dedicó un artículo a Borges, salvo una breve nota de Ismael Viñas criticando el cuento antiperonista «La fiesta del monstruo». Sólo en la revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, que se había convertido en un anexo de *Contorno*, Noé Jitrik hizo una reseña crítica de *Otras inquisiciones*, en 1952 y dos años después el mismo

* Capítulo del libro inédito *A la vuelta*.

¹ H.A. Murena, «Condenación de una poesía», *Sur*, N. 164-165, junio-julio de 1948, pág. 69 y «Martínez Estrada: la lección a los desposeídos», *Sur*, N. 204, octubre 1951. Reproducidos en *El pecado original de América*, *Sur*, 1954, donde se excluye uno de los párrafos más críticos a Borges.

² Enrique Pezzoni, «Aproximación al último libro de Borges», en *Sur*, N. 217-218, noviembre-diciembre de 1952, pág. 101, reproducido en *El texto y sus voces*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

³ Sobre estas relaciones véanse Jean de Milleret, *Entretiens avec Jorge Luis Borges*, Bel-fond, París, 1967, y Victoria Ocampo, *Testimonios*, novena serie, 1971-1974, Buenos Aires, *Sur*, 1975, págs. 75 y 240 ss.

Centro de Estudiantes publicaba el libro de Adolfo Prieto, *Borges y la nueva generación*, virulento ataque del que el autor luego se arrepentirá. David Viñas defendió esta obra desde la revista *Liberalis* pero no se ocupará de Borges en *Literatura argentina y realidad política* (1964), donde continuará la actitud polémica de la nueva generación que Emir Rodríguez Monegal⁴ denominará «parricidio» según una expresión acuñada por Murena.

Desde una perspectiva muy distinta, el entonces surgiente nacionalismo de izquierda, Jorge Abelardo Ramos encaraba en *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954) una interpretación de Borges como expresión de la oligarquía vacuna y del imperialismo cultural. Advirtiendo lo impropio de este tipo de análisis que luego adquiriría amplia difusión con *Imperialismo y cultura* de Hernández Arregui, yo respondí desde las páginas de *Sur*⁵ señalando el determinismo y el reduccionismo que deformaban el pensamiento marxista en que pretendía basarse. Este ciclo de revisión borgeana culminaba con *Borges, el juego trascendente*, de Blas Matamoro, del que yo hice un prólogo apasionadamente antiborgeano. Aunque el autor era más joven, y la obra fue publicada en 1971, se revelaba aun la influencia del sartrismo de los 50, al que agregaba un emergente freudismo.

Pero ya los sartreanos habíamos recibido una inquietante sorpresa un día de 1955, cuando compramos en la librería francesa *Galatea* de la calle Viamonte, como puntualmente lo hacíamos todos los meses, el ejemplar de julio de *Les Temps Modernes*, la revista de Sartre que era para alguno de nosotros una verdadera guía intelectual, y nos encontramos con la publicación de varios ensayos de *Otras inquisiciones*, posiblemente llevados por su traductor Paul Bénichou que había estado en Buenos Aires. Aunque Sartre y Simone de Beauvoir no se mostraran demasiado interesados en Borges, al que nunca citaron, algunos sartreanos argentinos como Oscar Masotta y Carlos Correas comenzaron a sentirse atraídos por el Borges retraducido del francés, aunque guardando el secreto para no malquistarse con sus amigos.

Estábamos entonces lejos de sospechar el inusitado auge que lograría Borges en las décadas siguientes. Aparte de sus méritos propios, la borgeomanía que se desencadenaría respondía a variados motivos, algunos extraliterarios: su vinculación con el golpe militar del 55, y a partir de entonces con el *establishment*, la difusión europea que, como ocurrió con el tango en el París de los 20, provocó el inmediato redescubrimiento en su propio país de origen, y sobre todo el desplazamiento del compromiso

⁴ Emir Rodríguez Monegal, *El juicio de los parricidas*, Buenos Aires, Deucalión, 1956.

⁵ Juan José Sebreli, «Jorge Abelardo Ramos: Crisis y resurrección de la literatura argentina», *Sur*, N. 230, septiembre/octubre de 1954.

sartreano por la crítica estructuralista que, con su desvalorización de la historia y su énfasis en el mito, parecía venir a darle la razón a Borges.

Si bien debemos admitir que el desdén por Borges en aquellos años 50 se debía en cierta medida al sectarismo, al sociologismo vulgar y a la politización total, por otra parte también debe reconocerse que él hacía lo suyo para no ser demasiado querido. Era difícil para esos jóvenes que buscábamos lo verdadero, lo bueno y lo justo, aceptar a quien subordinaba estos valores a lo estético. Algunas de las críticas que le hacíamos aún siguen vigentes dadas sus numerosas limitaciones o, para usar un término borgeano, sus imposibilidades, como hombre y como escritor. Paso a enumerar algunas de éstas: descreía plenamente de la historia, ignoraba la sociología, se desinteresaba de la psicología, se aburría con la política, censuraba el sexo. Corrientes enteras de la filosofía y la literatura modernas y contemporáneas le eran ajenas. Relativizaba las filosofías, o las reducía a sofismas y filosofemas, y su fuente de conocimiento al respecto era la *Historia de la filosofía occidental* de Bertrand Russell, ingeniosa, arbitraria, descaradamente partidista, muy a la manera borgeana. Desdeñaba a los escritores preocupados por los problemas de la mera condición humana. Menospreciaba globalmente a géneros literarios y literaturas nacionales en su totalidad, por ejemplo a la novela francesa y rusa del siglo XIX. No leía a algunos de los más grandes novelistas del siglo XX, se burlaba de Proust y desconocía a Thomas Mann y a Musil, entre muchos otros, y hacía ostentación de no poder terminar algunos libros clásicos. Las artes plásticas no le interesaban demasiado, la música le estaba vedada. Sus comentarios críticos eran deliberadamente parciales y caprichosos, a menudo alevosamente equívocos. Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña objetaban su información errónea y su estimación injusta. Caricaturizaba las interpretaciones económicas o políticas de la literatura, pero a su vez incurría en no menos artificiosas interpretaciones literarias de la economía o la política. Tenía el prurito de «conocer lo que casi nadie conoce, pero ignorar lo que todo el mundo conoce». Su erudición era extravagante y unilateral, limitada a las lecturas hedonistas, a su memoria selectiva, a la *Enciclopedia Británica*, al *Diccionario de Literatura Bompiani*, el *Diccionario de Filosofía* de Fritz Mauthner, el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano* de Montaner y Simón, la *Enciclopedia* de Chambers y a su muy pequeña biblioteca personal «... y los grandes volúmenes que he hojeado;/ hojeado y no leído, y que me bastan» («La cifra», 1981). Su amigo y admirador Néstor Ibarra reconocía: «¿Borges erudito? Sería quizás ya tiempo de desviar ese como adoquín del oso de la fábula. Hasta podríamos vacilar en llamarlo culto (...) ¡Qué desorden de lagunas! ¡Qué énfasis en esas lagunas! ¡Esas lagunas, qué signo! Es capaz de escribir las páginas más finas, más excitantes y ocasionalmente más justas, sobre temas que ha